

La sección mandada por Ramírez se separó de Arteaga al venir el día, caminando en dirección de Huaraciña, para bajar a la quebrada por una cuchilla que muere en la pampa del Tamarugal. Llevaba consigo siete compañías del Regimiento N^o 2 con un personal de ochocientos a novecientos hombres, dos obuses de la Artillería de marina y los 25 Cazadores de Miller Almeida. El regimiento se componía de ocho compañías, pero la octava había sido agregada a la subdivisión de Santa Cruz. Ramírez comprendió el error táctico a que se le condenaba y como soldado disciplinario se limitó a obedecer. Al divisar el valle de Tarapacá dijo tristemente: *"Me mandan al matadero"*.

En efecto se le enviaba al fondo de la quebrada cuando el pensamiento salvador de los enemigos había sido tomar las alturas. Uno bajaba a colocarse en el ataúd de que el otro acababa de escapar. Con razón dice Vicuña Mackenna.

"El Comandante Ramírez descendía hacia el fondo de la quebrada que era un cementerio, en los precisos momentos en que Cáceres por el costado del poniente y Bolognesi por la ladera opuesta subían a coronar las cimas donde brillaba junto con el sol, la victoria".

*Ramírez en el fondo
de la quebrada, los
enemigos en la altura*

Ya que un fatal error lo condenaba a adoptar una posición tan desventajosa, Ramírez debió tomar los faldeos de la montaña, no el cauce del río, para encontrarse siempre en situación predominante sobre el Ejército contrario, que lo aguardaba parte en el pueblo con Buendía, y parte en las alturas del oriente con Bolognesi. Probablemente extravió su criterio la orden que tenía de tomarse el caserío que está en el fondo de la quebrada, pero si hubiera conocido el terreno habría visto que era más fácil dominarlo con los fuegos del alto que embis-

tiéndolo de frente. La inclinación del cerro no le permitía ver las fuerzas que defendían al pueblo en el bajo, pero sí a la división de Bolognesi desplegada en frente de la aldea en las colinas y cerros del naciente. Contra esta fuerza despachó al tercer jefe del regimiento, mayor don Liborio Echanez, con dos compañías mandadas por los capitanes don Pablo Nemoroso Ramírez, su hermano, y don Manuel Pantaleón Cruzat. La medida era buena, pero incompleta. Si por la inversa, Ramírez resuelve dejar una pequeña parte de su tropa en el bajo y destinar el grueso de ella a dominar las posiciones de Bolognesi la suerte del día pudo ser otra. El tomó el mando de las cinco compañías que quedaban en el fondo del cauce y marchó en línea recta por el feraz y sombrío arbolado, en este orden: dos en guerrillas adelante, tres detrás, el piquete de caballería a retaguardia.

¿Qué sucedió en el primer momento? Sería imposible deducirlo de los partes oficiales. Son tan confusos, tan deliberadamente confusos, que apenas contienen uno que otro detalle que el historiador pueda aceptar como testimonio de verdad.

Ramírez se toma el pueblo de Tarapacá

La versión oral que creo más autorizada es que las compañías de Ramírez llegaron sin dificultad hasta las goteras del pueblo, y que al torcer la puntilla que se alza delante de él fueron recibidas con una descarga a boca de jarro lanzada improvisadamente desde las casas contiguas; que en la confusión fué cortada la escolta del estandarte y muertos sus defensores, y que el regimiento viendo en peligro su glorioso emblema arremetió contra el caserío con furia incontenible. La explicación concuerda con el parte de Echanez que fué el Jefe de mayor graduación sobreviviente del Regimiento N^o 2, quien dice que en el principio del combate él fué con sus dos compañías a ocupar posiciones

"en protección del grueso de la división que había tomado la plaza y que rodeada de fuerzas infinitamente superiores del enemigo se batía desesperadamente".

No puedo decir qué tropas peruanas hicieron esas descargas sorpresivas, a quema ropa, sobre los desprevenidos soldados del 2^o, pero es de suponer que fuera la división Exploradora que aun permanecía en el bajo y las tropas de Bolognesi, que dominaban las posiciones de Ramírez. Parece, estoy obligado a hablar siempre en hipótesis, que un cabo chileno salvó en esa ocasión el estandarte, el que se volvió a perder horas más tarde.

La defensa del estandarte fué heroica. Quiere una tradición de nuestro Ejército que la sagrada insignia sea cuidada por los veteranos que han bronceado su cutis en el sol y el fuego de la guerra. El del Regimiento N^o 2 lo custodiaban ese día cuatro sargentos, tres cabos y un soldado escogido, unos veteranos de Yungay, otros lucían en el esforzado brazo el parche de Buin. Cortados por el enemigo perecieron todos, defendiéndolo de a uno en uno hasta rendir la vida.

Repuestas las compañías de la sorpresa de las descargas a quema ropa llegaron en su valiente acometida hasta la plaza del pueblo donde se mantuvieron poco rato, porque los contrarios, perfectamente conocedores de la localidad tomaron posiciones predominantes y unieron sus fuegos con los de Bo-

Ramírez envía dos compañías a tomar las alturas

lognesi. Ramírez repitió la maniobra que había hecho al entrar al valle. Despachó dos compañías más, la del capitán don Abel Garretón y la de don Bernardo Necochea a contrarrestar las fuerzas de Bolognesi, mientras él y su segundo don Bartolomé Vivar atacaban de frente las del pueblo que habían tomado nueva colocación, pero a medida que las compañías de aquellos oficiales escalaban las alturas, Bolognesi se retiraba a sitios más elevados. Dice Echanez que este movimiento fué seguido por las compañías de Ramírez y Vivar, las que cargando a la bayoneta se tomaron un cerro que llama "Redondo"; pero que disponiendo el enemigo de mucho mayor número de tropas pudo rodear ese cerro, y las compañías fueron fusiladas por todas partes.

Este parece haber sido uno de los momentos más críticos de la batalla. Las cinco compañías no pudieron resistir al terrible y concentrado fuego y bajaron al valle, batiéndose en retirada en dirección de Huaraciña por el camino que habían recorrido tres horas antes.

Durante el combate los heridos, imposibilitados para seguir luchando, se retiraban a retaguardia de la línea, y se repartían a la sombra de los árboles o en las chozas que encontraban en los bordes del cauce. Como muchos de ellos no tenían fuerzas para mantenerse en pie no pudieron seguir la retirada de las compañías, y fueron bayoneteados o ultimados a balazos por los que iban reconquistando las perdidas posiciones. Los heridos de las casas se defendían disparando por las rejas o por las rendijas de las puertas.

Así, empujados por el fuego, por el número, por la falta de municiones que se hacía sentir desde hacía una hora, obligando a los sobrevivientes a registrar las cartucheras de los muertos para proveerse de proyectiles, llegaron las diezmadas cinco compañías de Ramírez, reducidas a esque-

La columna Ramírez rechazada se retira

leto, con más de la mitad de su personal muerto o herido, al pie de la cuesta de Huaraciña, en los momentos en que la batalla perdida en el alto se rehacía, en que las líneas rotas se juntaban, y en que los Granaderos a caballo de Villagrán cortaban con el sable la línea y la victoria peruana.

El Mayor Echanez por la posición que había ocupado tenía sus compañías casi intactas, y al ver el cuadro del bajo se corrió por los flancos de la quebrada y apareció al pie de la cuesta de Huaraciña. Los soldados que venían batiéndose en dispersión por el valle se juntaron con ellas y como esto ocurría en el momento en que las tropas peruanas del alto habían retrocedido después de la carga de los Granaderos, y en que los soldados de Arteaga bajaban por grupos a saciar la rabiosa sed en la quebrada, el número de los defensores del valle se engrosaba. Es un hecho completamente cierto que las tropas peruanas regresaron a su campamento de Tarapacá, que hubo una tregua en el bajo y en el alto que duró cerca de cuatro horas, que los jefes de nuestro Ejército confundieron tomándola por el fin de la batalla, y que creyendo todo concluido se entregaron al descanso, repartiéndose en las umbrosas heredades. Los soldados registraban las viviendas buscando qué comer, y el Comandante en Jefe y algunos jefes de cuerpos preparaban comida caliente de que estaban privados desde que salieron de Dolores. Era la 1 P. M., y el combate del bajo había terminado. Las armas estaban apoya-

1 P. M. El enemigo rechazado

das en los árboles, los soldados botados en el campo gozando de un descanso gloriosamente ganado, esperando la noche para regresar a Dibujo; el devastado cauce cubierto de cadáveres. Heridos no había sino los pocos que los oficiales peruanos consiguieron salvar de la saña de la tropa, los que habían sido enviados a una ambulancia al pueblo de Tarapacá.

¿Quiénes murieron de las filas chilenas en ese período del combate? Muchos, muchísimos, pero sus nombres no se pueden precisar. Ramírez a esa hora estaba vivo. Vergara habló con él en el bajo, durante ese receso que he llamado la tregua, y le manifestó la conveniencia de reunir los restos de su tropa en previsión de que el enemigo volviera. Vivar probablemente había recibido la herida que le causó la muerte pocos días después. Las compañías de Ramírez y el enemigo fortalecido con un poderoso refuerzo.

No ha concluído todavía el drama. Falta el epílogo que será un nuevo combate de hora y media, a la desesperada, entre las diezmadas tropas chilenas habían perdido más del 60 por ciento de su efectivo.